



www.loqueleo.santillana.com

Kataplum plam pluf

© Del texto: 2002, Luis Darío Bernal Pinilla

© De las ilustraciones: 2002, Sandra Ardila

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.santillana.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-432-3

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfin Ltda

Primera edición, octubre de 2002

Segunda edición, octubre de 2015

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

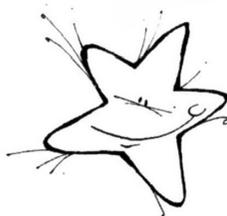
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Kataplum plam pluff

Luis Darío Bernal Pinilla

loqueleq

Kataplum plam pluff



—¡Heufifeeee!... ¡Heufifeeee! —gritaba Paula usando sus manos como megáfono. 9

—¡Heufifeeee! —coreaba Angie, subida en un tronco y estirada hacia el cielo como si fuese de caucho.

Como Heufife no contestaba, don Eco, siempre burlón, remedaba a su antojo a las pequeñas:

“FIFEEEEeeee FIFEEEEeeee FIFEEEEeee”.

Afónicas y cansadas de mirar para arriba, Angie y Paula volvieron pensativas a su habitación. Y se sentaron en las camas apoyando la tristeza entre sus manos.

Era la primera vez que la estrella no salía al caer el sol, desde aquella noche de diciembre. Las niñas jugaban en el amplio solar de la casa a quien lanzara más alto un zapato. Angie levantó con fuerza la pierna derecha. Su mocasín voló por encima de la cabeza de su hermana. Pero no volvió a caer a tierra.

Lo buscaron bajo la hojarasca del patio. Entre la copa del antiguo almendro. En el tejado de la vieja casona. En los rincones más oscuros del solar. Pero no apareció.

Luego de un rato, cuando trataban de inventar algo convincente para decirles a sus padres —ya que nadie les creería que un zapato había desaparecido en el cielo—, vieron asombradas cómo una luz de cinco puntas, roja e intensa, se posaba encima del patio.

Heufife, así se llamaba la estrella, les devolvió el zapato. Después las invitó a balancearse. Sus rayos formaban luminosos

columpios entre los árboles. Luego, las convidó a rebotar como pelotas sobre sus brazos bermejos. A trepar por ellos y a deslizarse, una y otra vez, vertiginosamente, sobre sus empinados toboganes brillantes. Jamás se habían divertido de esa forma. Ni conociendo amiga más juguetona y maravillosa.

11

Por eso la extrañaban tanto esa noche.

—Ya sé, llamemos a Heufife por teléfono —exclamó Angie saltando de la cama.



—Sí. Me lo aprendí de memoria el día que me lo dio —contestó Angie con suficiencia, mientras pulsaba el número del teléfono de Heufife: 001002003004005006007008009.

—¡Tan largo! —se admiró Paula viendo marcar a su hermana.

12 —Claro, imagínate los millones de teléfonos que deben existir en el espacio.

—Heufife, a la orden —respondió de inmediato la estrella. Su tono era triste.

—¡Mmm! —alcanzó a soltar Angie, muda de emoción.

—¡Tonta! —gritó Paula quitándole la bocina—. ¿Aló, Heufife, aló?

—¿Estás ronca, Paula? Casi no te reconozco la voz —comentó Heufife.

—Es por tu culpa, Heufife. Llevamos horas gritándote. ¿Qué te pasó? Estábamos muy preocupadas —dijo la niña con tono de reproche.



—Gracias, amigas, pero no pude aparecer. Coco me lo impidió —comentó la estrella sin más explicaciones.

—¿Coco? ¿El que asusta? —exclamó Paula sorprendida, compartiendo de mala gana el auricular con Angie.

—Noo. Ese no. El otro. El hijo menor de Palmera Rosada.

—¿Palmera Rosada? —inquirió Angie—. ¿Y quién es esa?

—La palmera, amigas, que está en la punta de la península —habló en plural al sentir que ambas escuchaban—. ¿No la han visto?

—¿La gigantona esa que suelta unos cocos que parecen bolas de básquet? —gritó Paula.

14 —Ah, la que tiene unas hojas de un color raro como... —se quedó Angie pensativa, recordando.

—Como rosado, zonza . ¿No ves que se llama Palmera Rosada? —aclaró Paula, haciéndole un gesto de burla a su hermana.

—Esa misma —exclamó sonriente Heufife—. Y ahora sí que está gigantona de verdad.

—¿Y qué diablos tiene que ver esa Palmera Rosada contigo? —preguntó Angie.

—Si les contara, niñas —habló Heufife con vergüenza. Luego de unos instantes, confesó—: anoche paso Halley. Un cometa amigo que hacía mucho tiempo no venía. Me dio una gran alegría verlo. Nos pusimos

a charlar, nos tomamos unos traguitos...
y...

—Ya sé —gritó Angie—, te emborrachaste.

—Bueno, me mareé. Nunca me había pasado. Y me dio por lanzar unas gotas de líquido cósmico sobre la tierra. Con tan mala suerte que le cayeron a Palmera Rosada. 15

—¿Y se emborrachó también? —rio Paula.

—No. Peor que eso. Comenzó a crecer sin parar. A una velocidad increíble. En pocas horas llegó hasta mí —contó Heufife.

—¿Que Palmera Rosada se estiró hasta el cielo? —gritó incrédula Angie—. ¿Como una melcocha?

—¿Eso fue anoche? —intervino también Paula, pensativa.

—Sí, amigas.

—Ah, por eso papá salió volando a medianoche hacia la punta de la península

—recordó Paula—. ¿Te acuerdas, Angie, que despertó a mamá y le dijo algo?

—Sí, cuando lo llamaron del periódico — confirmó su hermana.

—¿Angie?... ¿Paula?... —repetía la estrella al no escuchar a las niñas, que se habían
16 puesto a rememorar, olvidándose por un instante de su conversación telefónica.

—Y si eso fue ayer... —tomó de nuevo Paula la bocina—, ¿por qué no saliste hoy?

—Porque no puedo —contestó Heufife con la voz entrecortada.

—Ya sé. No quieres ver al hijo menor de Palmera Rosada. ¿A ti tampoco te gustan los cocos? ¿Por lo peludos y tiesos? —intervino Angie muerta de la risa.

—¡Oh, no!, Coco es muy tierno —replicó de inmediato la estrella.

—Pero tú dijiste que ese Coco no te había dejado salir —protestó Paula, ya molesta por no entender nada.

—Como Palmera Rosada —aclaró Heufife— estaba cubierta de líquido cósmico, Coco también creció desafortunadamente. Parece el décimo planeta del sistema solar. Toda mi luz quedó atrapada en su cuerpo y...

—¿Y qué pasa con eso? —la cortó Angie impaciente.

17

—Que yo soy una Estrella Fría. Y nosotras desaparecemos si dejamos de alumbrar durante tres días seguidos —explicó por fin Heufife.

—¿Tres no más? —se alarmó Paula.

—Sí, amigas. Luego nos apagamos. Y ustedes sufrirán terribles temperaturas. Las Estrellas Frías hacemos soportable el calor del sol en la tierra —aclaró Heufife.

—¿De verdad? —exclamaron al unísono las niñas, aterradas.

—Sí. Solo somos cinco. Una para cada continente. Y no tenemos quién nos reemplace —puntualizó la estrella. Luego de unos ins-

tantes completó—: a mí me corresponde América.

—¿Y si te mueves un poquito? —propuso Angie.

—No es posible. Las Estrellas Frías tenemos mucha luz. Pero, por desgracia, somos
18 fijas —Su voz se quebró.

Paula se apartó del teléfono con la cara agachada. Angie siguió pegada a la bocina, pero sin decir palabra. De repente, Paula volvió gritando entusiasmada:

—¡Heufife!... ¡Heufife! No te angusties. Alquilarémos un cañón con nuestros ahorros. Y de un tiro desaparecerá ese Coco entrometido.

—Sí —exclamó Angie—. Y si queda algo del intruso, haremos unas cocadas de rechupete.

—¿Están locas? —reaccionó con vehemencia Heufife—. ¿Cómo creen que voy a

permitir que atenten contra tantas estrellas que me rodean? ¿O que destruyan a Palmera Rosada? ¿O a su hijo?

—Pero Heufife, es cuestión de vida o muerte. ¿No entiendes que es por salvarte? —explicó Paula.

—¿Se olvidan que fui yo quien armó este embrollo? —Heufife no soportó más. Y colgó apesadumbrada. Las niñas quedaron muy tristes. 19

Al rato, Angie insistió en tumbar a Coco.

—¡Nada de eso, Angie, no seas loca! Heufife no nos lo perdonaría —sentenció Paula.

—¡Qué va! Tarde o temprano ese Coco caerá. ¿Acaso Palmera Rosada tendrá fuerza para cargarlo toda la vida? ¡Con lo que debe pesar ahora ese Cocote! —se convenció Angie.

—¡Ay, Angie, ya te dije que no! Además cuando Coco se desprenda de Palmera Ro-

sada, de Heufife no quedará ni la sombra... ni de nosotros —pronosticó con pesimismo Paula.

—Oye, ¿y si le escribimos a Palmera Rosada y le pedimos que haga algo? —propuso entonces Angie.

20 —Magnífica idea! —gritó Paula recordando la esperanza—. Pero tú, que tienes buena ortografía, escribe la carta. Y yo busco a Mirage. Después de tanto tiempo, le va a gustar mucho volar de nuevo.

Angie redactó la nota para Palmera Rosada mientras Paula revolcaba la caja de juguetes.

Mirage era un avión de combate que odiaba la guerra. Se volvió tan pequeño huyendo de ella, que no tuvo más remedio que aterrizar en un almacén de aeromodelos para ocultarse de sus jefes y evitar ser juzgado por desertor. Allí lo había comprado el padre de las niñas.

—Ya acabé —exclamó Angie—. ¿Te la leo?

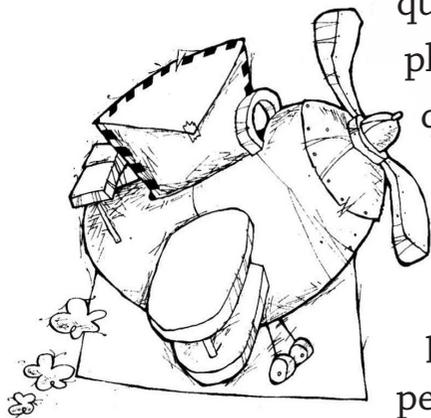
—No. No tenemos tiempo. Más bien dóblala y métela dentro de Mirage —dijo Paula.

—Ya está —afirmó Angie—, abre bien la ventana.

—¿Escribiste clara la dirección? —se preocupó Paula. 21

—Sí. Además, ya todos deben conocer a Palmera Rosada en el espacio —supuso Angie—: ¡con el lío que se ha armado!

Luego de miles de recomendaciones para



que evitara las múltiples zonas de conflicto que hay en la tierra, y de manifestarle la urgencia de salvar a Heufife y al planeta, Mirage despegó por encima del

viejo almendro del abuelo. Luego remontó, el cielo en línea vertical, como un cohete, a velocidad supersónica.

22 Palmera Rosada comprendió la aflicción de las pequeñas. Y aprovechó a Mirage para comunicarles su determinación. Paula y Angie no durmieron en toda la noche. Ni apartaron un instante sus ojos del firmamento.

Casi a la madrugada, al divisar el avioncito en la distancia, abrieron la ventana de par en par. Mirage tomó pista sin contratiempos en la cama de Paula. Y esta leyó la carta de Palmera Rosada en voz alta:

Espacio Sideral

Angie y Paula.

Queridas niñas:

Leí su carta con mucho interés. Yo también estoy muy preocupada por la suerte de Heufife, y de todo el continente. Por eso he decidido sacrificarme y desprenderme de mi hijo. Tranquilas, que ya pronto volverán a jugar con Heufife.

Cordialmente,
Palmera Tropical Rosada

Las hermanas se abrazaron y lloraron. Mirage sobrevolaba feliz. Hacía piruetas alrededor de la habitación como si estuviese en revista aérea.

En el espacio, todas las constelaciones fueron convocadas de inmediato a petición de la propia Heufife. La reunión se inició en un ambiente de tensión. La estrella informó del peligro por el cual atravesaba el continente americano. Y confesó que ella era la única culpable de lo sucedido.

23

Luego se abrió un amplio debate cósmico. Al final se votó en secreto. Por unanimidad se aprobó el plan de la Osa Mayor de bajar a Coco hasta la tierra. Así salvarían a Heufife y al planeta y no harían mayor daño a Palmera Rosada ni a su hijo.

Las nubes, encargadas de la delicada maniobra, comenzaron al instante a organizarse en formación de escalera y a ensayar la manera de transportar a Coco de nube en

nube, hasta dejarlo en la cima de una montaña.

Al caer el día, cuando Sol recogía, cansado, su corona de fuego, y la señorita Luna, apurada, retocaba coqueta su cara redonda, Heufife y Palmera Rosada esperaban nerviosas.

24

—¡Grupo de Emergencia, a sus puestos! ¡Ahora! —ordenó la Osa Mayor.

Una cuadrilla de atléticos luceros comenzó a desenroscar a Coco de la cresta de Palmera Rosada. Cuando lograron desprenderlo, Coco se despidió de su madre. Entonces, sin perder tiempo, fue colocado en el sitio convenido.

—¡Listo el personal!... ¡Ya! —se escuchó. La Nube número 1 respiró profundo, reunió todas sus fuerzas y recibió el gigantesco fruto. Enseguida se lo pasó a Nube 2. Esta a Nube 3. Y así sucesivamente.

Todo era precisión y cuidado. Coco descendía con el máximo de seguridad. Tanto, que hasta Palmera Rosada estaba contenta del desarrollo de la operación. Se había doblado hacia la tierra para observar cómo bajaban a su hijo.

De repente, un grito inundó el espacio. 25
Era Nube 1945. Abrazada por un viento cálido e impetuoso que huía de una explosión atómica, la desafortunada nube se descuajó en lluvia y soltó aparatosamente a Coco. Las nubes cercanas casi se desarmaron al tratar de atraparlo. Pero todo fue en vano.

Coco se precipitó al vacío a una velocidad impresionante.

Palmera Rosada se desmayó. Las estrellas gritaron. Las nubes lloraron. A Luna, aterrorizada, se le corrió el maquillaje. Sol, quien ya comenzaba a roncar, tuvo una súbita aparición que ningún científico pudo



explicar, causando desajustes en su sistema.

Los radares terrestres, que hasta ese momento no habían detectado la operación, empezaron a emitir señales. No identificaban el objeto, pero daban informaciones sobre su tamaño. Los satélites alertaron al mundo entero. 27

Las noticias eran alarmantes. Los estragos que causaría si se estrellaba contra la tierra presagiaban la más terrible catástrofe en la historia de América.

Cuando ya todo parecía perdido para el continente —ante la hecatombe que anunciaban las cadenas de televisión—, la Osa Mayor envió una cuadrilla de raudos y poderosos ciclones de las Antillas. De inmediato, el comando de huracanes se atravesó en el camino de Coco, lo interceptó y logró desviar el rumbo de su caída.

Angie y Paula celebraron la aparición de Heufife, quien les guiñó un ojo en medio de la emergencia. Luego sintieron un ruido ensordecedor. Y vieron una mancha monumental, oscura y redonda, que descendía como un disparo hacia el océano.

28 —¡Es Coco! ¡Es Coco! —gritó Angie—. ¡Pobrecito!, se va a volver papilla.

Las niñas, asustadas, se taparon los oídos y cerraron con fuerza sus ojos.

Instantes después:

¡KATAPLUM PLAM PLUFF!

Coco penetró en el agua salpicando todo el litoral. Y se rompió en pedazos de diversos tamaños...

A la mañana siguiente, innumerables islas emergieron como por encanto. Sus formas, dimensiones y colores caprichosos crearon una nueva geografía que Heufife iluminaba por las noches. A su lado, Palme-

ra Rosada observaba con nostalgia pero con orgullo cómo Coco, su hijo, había contribuido a embellecer el alegre esplendor del mar Caribe.